

TANTEO EN LA ESTETICA

JUAN DE DIOS VIAL L.

Si hay algún motivo por el cual yo me sienta autorizado, por lo menos ante mí mismo y más allá de las benévolas consideraciones que hayan tenido ustedes para invitarme, autorizado, digo, para hablar de asuntos relacionados con la arquitectura, ante una Facultad de Arquitectura, es un motivo que expresaría de manera ligeramente paradójica y que corresponde a una experiencia mía que estoy seguro es vivida por ustedes con mucha mayor intensidad y sabiduría. Dicho en breve: me siento autorizado para hablar de arquitectura porque sufro la arquitectura. Sócrates decía en el Fedón platónico que el placer y el dolor serían como hermanos gemelos unidos por la cabeza, tal que, cuando uno aparece, el otro desaparece y viceversa, por eso, si digo «sufrir la arquitectura», quiero decir también gozar la arquitectura, pero digo primero «sufrir» por razones que espero ustedes me comprendan sin sentirse ofendidos. Sufrimos la arquitectura cuando vemos que la ventana está mal situada, que el balcón es pretenciosamente imitativo, que la escala es una pesadez, que la ciudad es oprimente y horrible, pero este es nuestro desahido pan de cada día. Sé perfectamente que los arquitectos, por regla general, no son responsables mucho más allá del grado de complicidad, que las fuerzas mayores de la clientela, el mercado, la urgencia, la pobreza, la industria y la artesanía, que se les imponen, pero esta clase de razones puede alegarse como excusas dentro de ciertos límites, nada más, porque, al fin y al cabo, lo que con ellas se expresa no es otra cosa que las condiciones reales de la arquitectura. La arquitectura en un lugar celeste sería una idea platónica. Creo que es absolutamente necesario no descuidar esas ideas; no obstante, creo también que el verdadero cuidado de ellas, se ejercita haciendo cosas, esto es, construyendo sobre la tierra. Temo que la fórmula que he empleado «sufrir la arquitectura» suene a los oídos comunes de nuestros conciudadanos como testimonio de algo así como

una exquisitez airada. Y sin embargo, quiero explicar que la uso en el sentido precisamente opuesto a lo que da a entender la idea de exquisitez, que me parece una muy dudosa categoría estética. Cuando digo «sufrir la arquitectura» quiero decir no serle a uno indiferente, padecerla, sentirla, tener conciencia de ella. Aunque no puedo ocultar que de todas esas vivencias, tal vez la dominante sea el dolor.

Quizás lo más grave y más corriente sea, justamente, no sufrir la arquitectura por sernos indiferente, ajena, inexistente. Examinemos como se produce esta indiferencia, y voy a proponer dos maneras opuestas, que pueden ser dos grados extremos de indiferencia.

Aristóteles decía que una casa se define por la causa final: que es un abrigo para la inclemencia de la naturaleza, un abrigo contra la intemperie. Aristóteles no pretendía hacer una teoría de la arquitectura y decía aquello por vía de ejemplo de usos lógicos, pero la lógica de Aristóteles no eran simples mecanismos calculatorios, sino fórmulas con desbordante riqueza semántica. Y así, por ejemplo, estoy seguro que si se le hubiera preguntado qué quería decir cuando decía «abrigo» -y se le hubiera permitido responder en alemán- habría dicho, como Heidegger *wohnen*, "esto es habitar" con todo el contenido que toma este verbo en la filosofía de Heidegger.

Pero dejémonos de hipótesis de filosofía-ficción y tomemos crudamente la fórmula «un abrigo contra las inclemencias de la naturaleza» para poner de manifiesto el doble sentido de la indiferencia ante la arquitectura. Casa puede ser, entonces, algo que tenga techo, paredes y, eventualmente puerta, dado que una cueva ni siquiera la necesita. Es posible que la necesidad de tener casa no sea otra que esa, y esta sería una forma brutal de indiferencia próxima a la del perro, que para librarse del frío, tanto

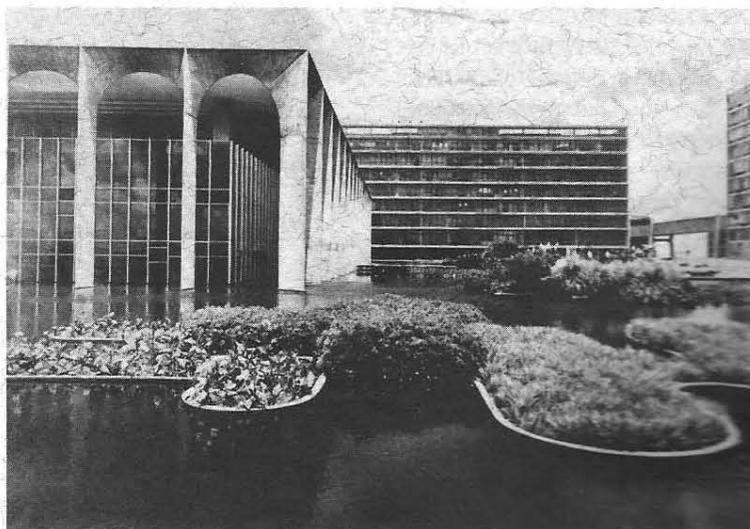
puede echarse sobre una alfombra persa como sobre un montón de estiércol. Uno naturalmente diría que los seres humanos no son indiferentes, pero si examinamos con suficiente frialdad el asunto, es posible que tengamos que reconocer que lo que muchos realmente quieren es techo y paredes con brutal indiferencia.

Hay algo, sin embargo, que impide caer pesadamente en esa brutalidad, pero ¿qué es esto? ¿es acaso, la arquitectura, para decirlo en breve? ¿es aquello que la arquitectura ha descubierto y lo que ha respondido? yo sospecho que no. Lo que preside la decisión sobre la forma de una casa, o de una construcción análoga, si no es la necesidad primaria brutalmente expresada, es un género de impulsos o representaciones para los cuales la arquitectura misma es indiferente. Cuando uno sueña con tener un escritorio y tiene en mente la biblioteca de un castillo inglés, o piensa en un living como un salón de Versalles o en un cuarto de baño hollywoodense, sencillamente está poniendo de manifiesto su vanidad, (esto es, su modo de ser vano), en la forma de una indiferencia hacia la arquitectura. Lo que se busca en estos casos es una imagen cualquiera ligada al prestigio intelectual, al lujo o la voluptuosidad, atropellando los derechos humanos de la arquitectura.

Yo me enorgullezco de sufrir la arquitectura, esta puede ser una jactancia, pero no del todo, pues enorgullecerse de sufrir puede ser también una forma de masoquismo y pueden estar complacidos con esta declaración de sensibilidad para vuestro arte, aunque debieran sentirse también un poco culpables de mi sufrimiento. Uno naturalmente trata de huir del dolor, de lo que le hace sufrir; yo desgraciadamente no habría podido huir de mi sufrimiento de la arquitectura por la vía más recta, esto es estudiando arquitectura, pues carez-

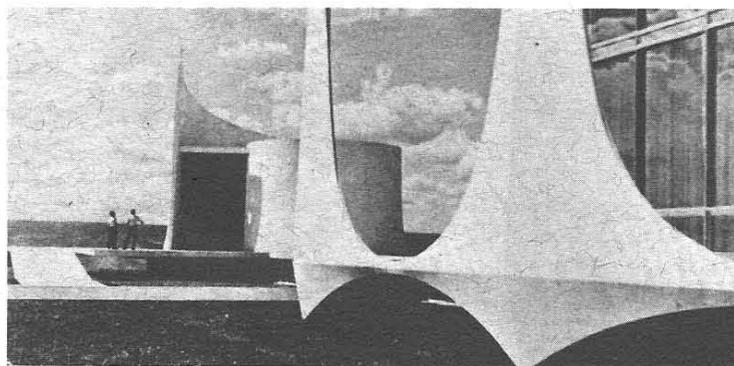
co de aptitud académica hasta el grado de no saber dibujar ni una vaca. He tratado, por eso, de escaparme por otra vía que me es más accesible: me he puesto a reflexionar qué es lo que me duele, por qué me duele. He intentado, pues, una reflexión sobre la arquitectura a título de víctima de ella, víctima de sus productos, de sus maleficios y, también de su secreto encanto. Forzosamente tendré que hablar en primera persona, contar anécdotas y experiencias, poco a poco resbalando por esta peligrosa pendiente y narrando mi aventura interior en estos dominios, para mí formalmente vedados de la arquitectura.

Voy a tratar de explicar qué quiero decir cuando digo que «siento» la arquitectura. Una vez entré a la catedral de Brasilia, que entiendo es obra del célebre Niemeyer y tengo que confesar que me sentí en un velódromo en donde lo último que se me ocurrió fue orar; esto es, que lo hice recién cuando recapacité y en virtud de un proceso mental discursivo me hice presente que estaba en un templo de mi fe. Ahí sufría la arquitectura en sentido negativo, pero en otra ocasión entré al palacio de Itamaraty, en la misma Brasilia y otra también, según entiendo, del mismo Niemeyer. Ya el palacio me había deslumbrado visto desde afuera, me había parecido una mezcla de paloma y catedral posada sobre las aguas, con ojivas, contrafuertes y arbotantes tan graciosos como los de Notre Dame. Pero al entrar al palacio ascendí a una especie de atrio o planta baja que prepara para el ingreso a las dependencias mismas del palacio y tengo que decir que aquí viví mi conmoción más profunda, me detuve y empecé a observar qué había allí y advertí que en rigor, no había nada, era un gran piso de mármol ligeramente oscuro cortado nada más que por una escala circular de acceso al palacio y cubierto en el centro por una gran alfombra persa de vivos colores obsequiada por el Sha. Hacia el fondo de ese palacio, en el exterior, más allá de los cristales se veían unos jardines diseñados por Burle-Marx, que en un espacio reducido creaban una pequeña selva amazónica retorcida y lujuriente. ¿Qué había ahí?, había una profundidad, una altura y una anchura vagamente matizada por los colores vivos de una geometría persa, contra el barroco vegetal de la selva americana y entonces me pregunté qué era eso y comprendí que me hallaba en un espacio, no en el espacio, en el que se dice andan los astronautas, sino en un espacio que



es lo propio del hombre. Y debo decir que ahí me sentí inclinado a orar, sin saber por qué y sin tener motivo aparente ninguno, sólo después comprendí que ese era verdaderamente un Templo, porque había una obra humana muy perfecta.

Mi otra anécdota es también muy personal, se desarrolla al interior de mi propia casa que es una vieja casa de campo heredada, que me dispuse a remodelar y unos maestros constructores se pusieron a trabajar. La indicación general era hacer una ventana en un muro que diera vista sobre un jardín con dos hermosos árboles. Llegué una tarde y los maestros ya habían ejecutado su trabajo abriendo un gran vano en el que iría un ventanal. Cuando ví eso, sentí desesperación, sufrí la arquitectura, eso no era más que un horrible hueco abierto con chuzo y ceguera. Los maestros quedaron mirando y respondieron que no me entendían, pues ellos habían cumplido abriendo una ventana, pues eso era lo que se les había dicho. Yo comprendía que tenían razón, por lo que mi sufrimiento era mayor y me daba cuenta que no podría explicarles su indiferencia para la arquitectura. Opté entonces por una solución personal de carácter empírica que se avenía con mi concepción de la filosofía. En otras palabras, intenté filosóficamente una ventana, sin metro ni lápiz, sin dibujarla, ni medirla. Mi procedimiento fue el siguiente: pedí a los maestros que empezaran a achicar el hueco abierto por ellos y yo cada cierto tiempo volvía a la habitación y miraba; desgraciadamente el rito de mis miradas no fue muy regular y repentinamente me encontré con que los maestros habían reducido el boquerón a un ojo de buey. Tuve que dar contraorden y pedirles que empezaran a abrir nuevamente. En su indiferencia para la arquitectura los maestros seguramente pensaban que yo era un loco que perseguía "la cuadratura del círculo", pero como les pagaba por hora obedecían tranquilamente. En un cierto momento noté que estábamos en la pista, que ahí el jardín comenzaba a aparecer, que los árboles asumían su grandeza y entonces me quedé en la habitación. Pedí a los maestros que trabajaran lentamente, quitando y poniendo, aumentando y disminuyendo; hasta que en un momento dado grité ¡eureka! y pedí a los maestros que quitaran definitivamente sus manos de encima, sencillamente porque habían hecho una ventana. Itamaraty y la ventana de mi casa habían sido para mí un sufrimiento positivo, un goce de la arquitectura, un descubri-



miento del espacio. Desgraciadamente no sé por qué una ventana es una ventana, esto es, no soy un arquitecto, pero como estas cosas hacen sufrir me he preocupado de averiguar, para mi propio uso, qué es lo que ocurre. Pero como los usos de un profesor de filosofía deben ser filosóficos, pudiera decirse que lo que he intentado es una averiguación filosófica, algo así como un tanteo en la estética. ¿Que es el espacio, ¿cómo se configura?, ¿de que manera es vivido en la vivencia de la arquitectura? Aquellas primeras preguntas han sido un escollo constante del pensar filosófico, Aristóteles y Descartes, Leibniz y Kant han hecho contribuciones de notable penetración para el esclarecimiento intelectual del espacio, yo no voy a internarme aquí en las averiguaciones de estos filósofos, cosa que he intentado en otro lugar, pero diría que la temática del espacio en la filosofía guarda ciertas constantes entre las cuales mencionaría la relación entre el espacio y cuerpo, entre espacio y lugar y entre espacio y orden.

Para Aristóteles, por ejemplo, el espacio es un envolvente de las cosas, «límite inmediato e inmóvil del envolvente», decía, de manera que el espacio viene a ser como la piel finísima y transparente de las cosas, esto es, de los cuerpos mismos. Descartes que era un genio matemático, extremó esta visión y al hacerlo puede decirse que la invirtió, que pasó al límite. El espacio -o la extensión, para usar su lenguaje- no fue ya envolvente finísimo y transparente de los cuerpos, sino su misma esencia, y esta fue concebida, precisamente, en términos de «extensión», esto es, fue concebida como una tensión, como un estar tendido o distendido, en un fuera de sí. Esta tensión externa, esta alteridad estaba pensada fundamentalmente desde, o a una, con una tensión interna que era para Descartes el pensamiento, que se expresa en la vivencia "cogito" y halla su referencia o su verdad cuando concluye: "ergo sum". Leibniz trasladó la cuestión del espacio a la relación de unas

cosas con otras y lo comprendió, entonces, en términos de «orden». Kant, finalmente, redujo el espacio a la forma misma de la sensibilidad que nos hace posible experimentar los cuerpos.

A la luz de estas ideas, del complejo intelectual con que la filosofía ha comprendido el espacio, intentaré responder a la última de las preguntas recién formuladas ¿de que manera se vive el espacio en la vivencia de la arquitectura? Mi respuesta será un esbozo de estética, aunque pudiera también describirla como tentativa de una antropología, dicho todo esto de otra manera y abreviadamente: de una comprensión del hombre por la belleza.

La línea fundamental de la investigación -tanto aristotélica como cartesiana del espacio- está trazada en dirección a los cuerpos. Yo apuraría esta línea y diría que la vivencia del espacio es fundamentalmente la experiencia del propio cuerpo. No llamo experiencia del cuerpo aquella que la mano derecha me proporciona al tocarme la mano izquierda, ni la que me proporciona el dolor de cabeza o el dolor de muelas, -estimo que éstas son exactamente, negaciones de la experiencia del cuerpo, precisamente por serlo de la mano o de la muela-, sino algo que las comprende, las desborda y les da sentido, tengo mano o muela porque tengo cuerpo, no a la inversa. Es posible que el descubrimiento del cuerpo se vaya haciendo paso a paso, como la criatura de pocos meses empieza a ajustar el manejo de su mano a su boca; pero eso no significa que el cuerpo sea una suma de hábitos esa especie, o de órganos con éstos, si no una estructura total que va revelándose en esos gestos, pero que, a la vez, los preside. Esto significa que una experiencia en profundidad tendría que tarjar el cuerpo como masa disgregada para descubrir una estructura invisible y ordenada, o si se quiere, simplemente un orden. Pero si lo que he descubierto es un orden invisible, en rigor no he descubierto un cuerpo sino lo que desde Sócrates se ha llamado un "alma", cuya operación y primaria consis-

tencia es precisamente ese descubrirse, ese hallarse y no meramente estar, situarse como lugar en el espacio. La arquitectura, por lo tanto, es un arte del descubrimiento del alma en el cuerpo, en el orden de la organización y en el dominio del cuerpo. El diseño arquitectónico, por consiguiente, ha de ser en cierto sentido, una escultura, es decir, una organización de masas, pero también una pintura, un orden de superficie y color y un ritmo del tiempo, como esa forma más abstracta del sonido, hace la música, pero lo que fundamentalmente hay en todas estas instancias, vale decir en las artes, o bien, digámoslo de una vez, en el arte, es el descubrimiento del alma. La falta de arquitectura es la presencia de cuerpos muertos, no digo inertes, y la arquitectura es la animación de los cuerpos por el descubrimiento del alma que los anima. Y esto, donde más fundamentalmente tiene lugar es en el descubrimiento que el hombre hace de sí mismo. Esta no es de ninguna manera una introspección, ni el postulado idealista de una subjetividad, el hombre no se descubre a sí mismo en el espejo; Narciso, que no era hombre, el descubrimiento que el hombre hace de sí mismo es una creación, es el descubrimiento del alma en el cuerpo por el dominio y ordenamiento de su estructura, el envolvente es un orden, una extensión, una forma sustancial. Este diría yo que es el paradigma de la arquitectura, su estética. Es, por consiguiente, una antropología, una teoría del hombre; pero, más bien, de lo que Scheler llamara del opuesto, o del lugar del hombre en el cosmos, por lo tanto, dentro de un orden total, que es el sentido de la palabra "cosmos". El arte de la animación de los cuerpos al estilo en que el alma anima nuestro propio cuerpo y puede darle una medida a sus pasos, un brillo a sus ojos, un juego inteligente a sus manos.

